

Comentario Servir a los demás y evitar la ambición

El evangelio de Mateo también narra este episodio y acusa a la madre de Santiago y de Juan de ser la responsable de la petición, tal vez para evitar que aquellos dos apóstoles aparecieran como egoístas. Marcos les acusa directamente de tan desmedida ambición. Jesús percibe que dos apóstoles andan muy entusiasmados con ocupar cargos de poder en el futuro Reino y que esta ambición genera malestar en los diez restantes... El mensaje de Jesús es claro: contrapone la organización de la sociedad civil de su tiempo con la organización de la Iglesia. Quiere para sus comunidades cristianas una profunda alteración en los valores: los que mandan tendrán como misión el servir. Aquella comunidad cristiana que se organiza a imagen y semejanza del estado civil, no responde a la idea originaria de Jesús. Los cristianos con alguna responsabilidad deben estar al frente de los demás orientando, sirviendo, acogiendo, animando, colaborando, sugiriendo... «El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido sino para servir.» Quien compromete su vida con este estilo cede todo poder, pero adquiere esa profunda autoridad moral que tienen las personas

Sabías que...Juan y Santiago, apóstoles

Los evangelios ofrecen varios datos sobre los apóstoles Juan y Santiago. Se cita el nombre de su padre: Zebedeo. También su apodo: Boanerges (hijos del trueno). Esta familia se dedicaba a la pesca y tenía contratados varios jornaleros para las labores de la salazón, forma habitual de conservar el pescado en la antigüedad. Desde tiempos remotos en la ciudad de Jerusalén existía una especie de «pescadería» denominada «tienda de Zebedeo». Los cristianos del siglo IV construyeron sobre ella una ermita que fue ampliada por los cruzados.



Oración

Señor, líbranos de las barreras que colocamos a nuestro alrededor. Líbranos del muro silencioso, del desprecio y de la indiferencia. Danos fuerza para destruir las alambradas que a veces alzamos en nuestra familia. Danos coraje para derribar los muros que construimos ante compañeros y compañeras. Ayuda a la humanidad entera para que practique la justicia. No nos dejes caer en la tentación del orgullo y del desprecio. Gracias por tu ayuda, Señor.

P
S A N T A C L A R A
R
R
O
K
I
A



“Una iglesia que no sirve, no sirve para nada.”

Lectura del santo evangelio según san MARCOS 10,35-45

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: –Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir. Les preguntó: –¿Qué queréis que haga por vosotros? Contestaron: –Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Jesús replicó: – No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar? Contestaron: –Lo somos. Jesús les dijo: –El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado. Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: –Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.

Palabra del Señor

Servir a todos

«Querer la eclesialidad de los hombres ha de significar en la Iglesia un querer que esos cristianos eclesiales sirvan a todos. Incluso a quienes están dispuestos a admitir sus servicios y, sin embargo, los desprecian y combaten. Incluso a los pobres, los ancianos, los enfermos, los desclasados socialmente, los marginados de la sociedad, a todos los que no tienen poder y no pueden aportar de por sí un aumento de poder a la Iglesia. La Iglesia ha de luchar por la justicia y la libertad, por la dignidad humana, incluso cuando más bien se perjudica a sí misma, cuando una alianza con los poderes dominantes, aunque fuese oculta, a primera vista más bien le favorecería. Desde luego esto no lo niega en teoría ninguno de nosotros. Pero como somos una Iglesia de pecadores, no podemos asegurar que no haremos nunca traición en la práctica a esta vocación de la Iglesia... Si estamos convencidos de que en un mundo pecador hay mucha injusticia y tiranía reinantes, si estamos o estuviésemos realmente convencidos de que el pecado marca también las estructuras sociales y no incide tan sólo en la vida privada de los individuos y de sus acciones, entonces más bien nos debería sorprender lo poco que la Iglesia entra en conflicto con las instituciones sociales y con los poderosos, salvo en los casos en que atacan directa y expresamente a la Iglesia misma. Esto debería hacernos recelar de nosotros mismos»



La ofrenda

En una humilde y pequeña iglesia africana, durante la colecta de los dones en el Ofertorio, los encargados pasaban con un gran canasto de mimbres, uno de esos que sirven para la recolección de la mandioca y de otros frutos. En la última fila de sillas de la iglesia estaba sentado un muchachito, vestido sólo con unos pantaloncitos, que miraba con aire pensativo el canasto que pasaba de fila en fila. Cuando vio que casi todos los fieles ponían en las cestas monedas y hasta cheques, el muchachito se alarmó. Metió las manos en el bolsillo y las sacó desilusionado: sólo contenían algún granito de arena. «Yo no tengo nada que ofrecer al Señor», suspiró. Cada vez más preocupado, observaba con aprensión creciente a la muchacha con el cesto cada vez más cerca de la última fila. El canasto llegó delante de él. La gentil señorita sonrió, como hacía con todos. Entonces, en medio del estupor de todos, el muchachito se levantó y se sentó en el canasto con aspecto de satisfacción, como queriendo decir: «Es todo lo que tengo y lo doy como ofrenda al Señor» Y, sin que nadie tocase las teclas, el pequeño órgano de la iglesia entonó él solo el Aleluya.



El niño africano hace la ofrenda más importante. No alguna moneda, como es costumbre durante la Misa, sino él mismo todo entero.